

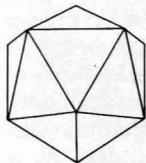
porque para ella este amor se presentaba, por vez primera, como un total que empieza y no se sigue de nada anterior, y todo en Ernesto y en los objetos estaba ya ocupado, lleno de una ausencia presente que reclamaba su sitio, ese espacio que Martha había empezado a invadir desde el momento en que él trazó las primeras líneas de su figura en el lienzo. "¿A dónde vas?" —repitió la voz sorprendida e impaciente. Sí, ¿a dónde iba? Casi estaba segura de que tampoco el salir la llevaría a alguna parte. ¿Hacia dónde escapar si ya no sería posible entrar por las ventanas y barrerlo todo, soplar y soplar hasta que los objetos se desmoronasen y se secara el olor sin aroma? Pero tampoco quería quedarse ahí, tendida boca abajo, como el pájaro en el árbol; o como el árbol mismo, contemplando desde fuera a través de la ventana.

Se deshizo de los brazos que, rodeando su cintura, intentaba retenerla aún en el diván. Tomó su ropa y empezó a vestirse silenciosamente, la mirada fija en un punto cualquiera, mientras desfilaban fragmentos de palabras, de deseos inexpresados, de colores, de gestos, de imágenes, sin detenerse, sin sugerir, sin asociarse a nada ni a nadie en particular. Entre todos ellos, sólo el sentimiento de la presencia exaltada y terrible de un vacío parecía unirlos. La distrajo el botón que se desprendió de su falda. "Espera, no te vayas." Martha escuchó esa voz como si saliera de ella misma, como un pensamiento que no se atrevía a formular y que de pronto llegaba a sus oídos desde fuera. La mano de Ernesto había alcanzado la suya y en ese momento, mientras sus ojos siguieron la trayectoria del botón hasta que se perdió bajo el diván, sintió que tal vez sí lograría quedarse cerca de él. Sin soltar la mano, se arrodilló sobre la alfombra y buscó bajo el diván. Parecía que no había ninguna relación entre el sonido y el contacto, que las palabras se habían quedado suspendidas en el instante en que se inclinó, que no alcanzó a entender que entre la mano y la voz estaba ella, o más bien, que a ella se dirigían. En cuclillas sobre la alfombra, apoyó su cabeza en las rodillas de Ernesto con un movimiento que casi no dependió de su voluntad, como empujada, atraída, a pesar de sí misma, hacia ese vacío, hacia la sombra de esa ausencia. Quizás ella podría ser, como el árbol, contemplada desde dentro; como el aire, no para desmoronar los objetos sino, precisamente, para rodearlos y dejarse conocer por ellos, no para secar el aroma sin perfume, sino para absorberlo y dejarse penetrar por él. Tuvo el impulso, casi la necesidad física, de levantarse y de tomarlos, uno por uno, las máscaras, el florero, la almohada, el espejo, las figuritas de barro, los cuadros y los libros, y dárselos a Ernesto, uno por uno, con suma atención y cuidado para crear así, en el espacio de las cosas, un nuevo orden, un orden suyo en el que ambos tuvieran un lugar propio. Sus labios se apoyaron en la mano de Ernesto, los dedos se anudaron en su pelo, lo tomaron, lo separaron, lo entretujieron, y ella sintió de nuevo que todo su cuerpo era como un árbol que pudiera ver, reconocer y palpar cada una de sus ramas y, en ellas, cada una de sus hojas. "Quédate a vivir conmigo." Entonces supo que la pregunta sería formulada y que en la respuesta, que quizá también ya conocía, que en realidad ya había conocido desde el principio, se definiría al fin el contorno de la ausencia que Martha estaba invadiendo. "¿Y ella?" Ernesto también esperaba, como si durante ese tiempo que habían pasado juntos sólo hubiera aguardado para responder: "No ha vuelto desde que te veo a ti."

Todo ahora recuperaba su verdadera dimensión, su orden original, los cuadros, los libros, el olor sin aroma, las caricias y el hueco entre sus cuerpos, los objetos, su temor inicial. Cuando cerró la puerta tras de sí, pensó que incluso el árbol, al que imaginara tan cercano, se había reducido al espacio de esa presencia que ella, Martha, había alejado y que, seguramente, volvería ahora, otra vez, como antes, a su lugar de siempre.

## Eduardo Naval DE LOS ORIGENES

A Miriam Huberman



Cada tarde a la hora de la siesta salía al balcón y se sentaba sobre una silla de cuero con tejido en enea, el bastidor sobre las piernas y en el suelo la caja de madera con hilos y agujas. Las pocas personas que pasaban por delante de su reja a esa hora ya la conocían y solían detenerse un minuto para decirle dos palabras sobre el tiempo, o sobre la salud, o darle cualquier noticia. Ella nunca salía de casa y el único rato que se la podía ver era a la hora de la siesta en el balcón. Cuando hablaban con ella casi no levantaba los ojos del bastidor y seguía bordando con el ritmo pausado y continuo que parecía regirla siempre. Gozaba íntimamente cuando alguien le contaba algo y tenía la impresión de leer una carta equivocada.

Casi nunca decía palabra y se limitaba a escuchar, pero las pocas veces que contestaba lo hacía con una voz que debía servir mejor para el canto. En cuanto se interesaban por su labor clavaba la aguja y volvía el bastidor hacia la calle para que la otra persona lo pudiese ver y en el fondo se sentía un poco turbada porque sabía que después del ¿y qué tal, adelanta la labor?, venía irremediablemente el hasta mañana.

Por lo regular quienes se detenían eran, una mujer gorda que pasaba con un cesto de ropa limpia y planchada a entregar en algún sitio y a la que nunca veía volver porque lo hacía cuando en su casa había terminado la hora de la siesta y ella ya no estaba en el balcón, pero a la cual siempre supuso que regresaba con el mismo cesto lleno de ropa sucia, deteniéndose cada dos pasos para tomar aliento y para enjugar el rostro encendido y cubierto de sudor aun en invierno, con aquel pañuelo minúsculo con bordes de encaje que resultaba demasiado gracioso en su mano regordeta. También pasaba una anciana delgada, tiesa como una estaca, parlanchina y enlutada que había sido asistenta durante toda su vida y que ahora dedicaba cada tarde a recorrer las casas donde había trabajado para poder comer un poco, porque aunque ella decía que podía aún trabajar, los que habían sido sus amos no se lo consentían, manteniéndole una curio-

### □ Eduardo Naval

Nació en la ciudad de México en 1948. Realizó sus estudios en la Facultad de Filosofía y Letras (UNAM). Publicó sus primeros textos, principalmente cuentos, en Cuadernos del viento. Fue jefe de redacción de los primeros siete números de la revista Punto de partida. Ha redactado algunos estudios sobre literatura mexicana contemporánea y su tesis profesional: La nostalgia en el estilo de Ramón J. Sender. Ha frecuentado la crítica literaria y de teatro. Ahora, al viajar por Europa (en España realizará sus estudios para obtener el doctorado en Letras Españolas), tiene ya preparado un volumen de cuentos y escribe una novela. Eduardo Naval cree, sobre todas las cosas, en la pureza y el dominio del lenguaje como únicos medios para realizar una obra literaria consistente. También sabe que la literatura es una pasión y lo ha escrito: "...delante de mí se abre todavía en forma indefinida el compás de espera, en el cual la posibilidad mística de la pasión es algún algo que intuyo (sin temor: que quiero para mí) pero que no me ha sido dada hasta ahora. Sin embargo, no me alimento de destellos porque espero emitirlos".

sa pensión alimenticia salpicada de vez en cuando con algo de dinero. El tercer asiduo a decir dos palabras a través de la reja cada tarde era un maestroescuela retirado que vivía desde que llegó al pueblo en la pensión que había en la esquina, y que cada tarde paseaba apoyado en su cachava, con el pelo blanco alborotado por el viento como un copo de algodón, y que todas las tardes repetía su teoría sobre lo bueno que era pasear y sobre todo a esas horas para que la comida no echase grasa alrededor de la cintura. Por el maestroescuela tenía especial predilección porque cada vez lo veía pasar un poco más tarde y cansino, porque su voz se quebraba y día a día perdía solidez su teoría de los paseos.

Todo lo que bordaba lo regalaba el mismo día que era terminado al primero de los tres que acertaba a detenerse a conversar con ella. En casa de la lavandera, de la asistente y del maestroescuela había infinidad de pequeñas labores primorosas que adornaban los rincones marchitos de vidas solitarias; sin embargo, en la casa de ella, sobre todas las mesas, armarios, escritorios y mesillas de noche estaba la madera y sólo la madera lisa y llana.

También pasaba cada tarde, por la acera opuesta, un escolar un poco mayor que ella quizá, vestido con un sayón negro y con unos cartapacios debajo del brazo. El pelo negro y ensortijado caía en desorden sobre la piel oscura de la frente hasta casi llegar a las cejas espesas, anchas, negras, como un murciélago sorprendido en vuelo. Lo blanco de los ojos y los dientes era un color tan vivo que sorprendía y hacía pensar cosas extrañas. Ella le veía cada tarde pasar mirando al frente sin reparar en las paredes, las rejillas o las flores, sin reparar en ella tan siquiera. Le veía pasar siempre erguido y flexible, sin asomo de calor o de frío, con aquel aire indefinido del que no se podía deducir si era una persona que estaba de vuelta de todo o que apenas y cada día iba tierno y desarmado al encuentro de ése algo del que hay gente que está de vuelta.

De verle pasar cada día durante un verano y un otoño sintió que algo especial le ocurría con él, empezaba a azorarse cuando intuía su presencia al otro extremo de la calle, se turbaba completamente cuando pasaba frente a ella aunque no la mirara, y empezaba a sentirse desmadrada cuando sus pasos se oían más lejos. No se atrevía a levantar la cabeza para verle bien y sólo le conocía del reojo izquierdo al reojo derecho. Un día levantó bruscamente la cabeza cuando él pasaba justo frente a ella, le dio un vuelco el corazón y en ese momento decidió que aquello era estar enamorada, sin

darse cuenta se le abrieron los labios y brotaron palabras cantadas, ella, que no había cantado nunca, era extraordinaria.

*Un corazón amoroso*

*Es una piedra en el aire,  
Si cae en blando descansa,  
Si cae en duro se parte.*

Se le llenaron los ojos de lágrimas y cuando bajó la cabeza para seguir cosiendo cayeron exactamente sobre el pedazo de tela que estaba bordando. Él no se volvió y ella no pudo continuar esa tarde en el balcón. A la hora de la siesta del día siguiente salió puntual, charló con la lavandera, la asistente y el maestroescuela como siempre, y cuando se marcharon y supo que ya no vendría ningún otro, aguzó los sentidos para tratar de oír lo antes posible los pasos de él. Cuando empezó a sentirlos los notó cambiados, sabía que eran los suyos, pero tenían un matiz diferente en esa primera tarde del invierno, estuvo desasosegada hasta que supo que venía por la acera del balcón y no por la de enfrente.

—Anoté la copla que cantaste ayer.

—No es mía.

—Ya lo sé, pero eso no le quita el que sea muy hermosa.

—No.

Cambió los cartapacios de brazo y se apoyó en la reja, mirando la calle, de frente, sin reparar en ella que no levantaba la vista del bordado y seguía moviendo la aguja con el ritmo de siempre.

—Algún día te cansarás de bordar.

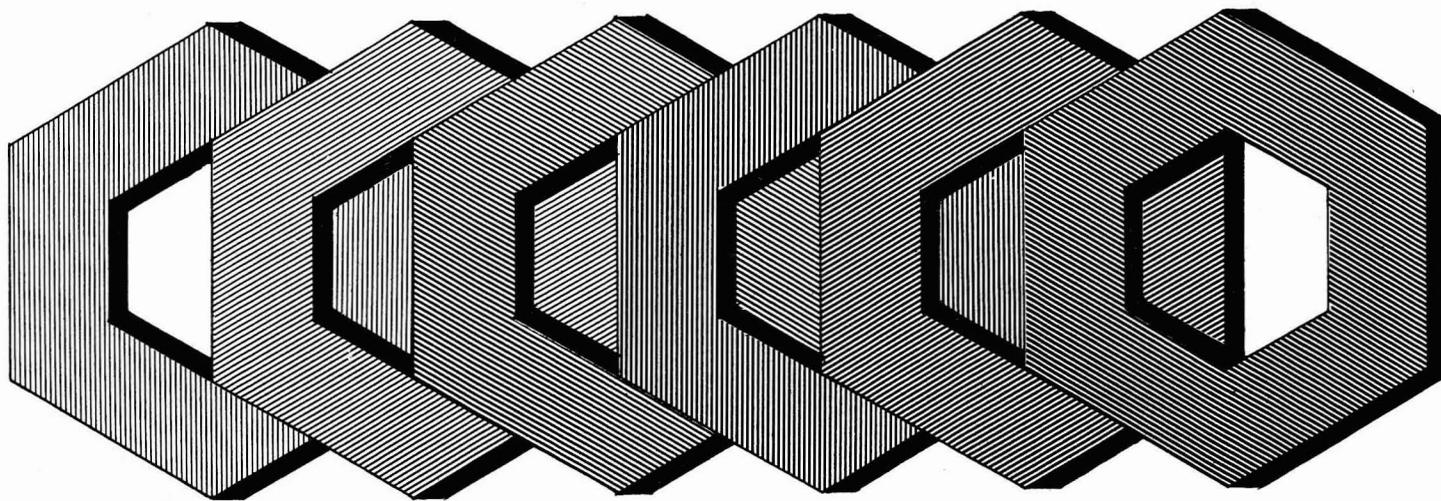
—Quizá.

—Entonces sólo podrás cantar.

—La de ayer la aprendí de pequeña, en mi pueblo.

—Otro día que cantes quiero oírte.

Se marchó y no dijo hasta mañana, ella siguió bordando y esta vez no se enteró de cuándo se perdían sus pasos. Desde aquella tarde se detuvo ya siempre a conversar con ella, jamás se despedía y a veces echaba a andar sin haber terminado una frase. Era tan sana, tan buena, la espera apacible cada tarde, que sin saber por qué decidió bordar un escapulario en seda para él. Bordó en relieve un corazón de María y por el otro lado una figura vestida de negro. Entre los dos pedacitos de seda puso algodón y los cosió con cuidado; bordó también la cinta, y en la parte del escapulario que queda sobre la espalda puso con letras negras:



*Dios te cuide y te salve  
No te olvide y te proteja*

La tarde que lo terminó hizo entrega de él al escolar, se lo colgó al cuello y le pidió que lo llevara siempre.

—Siempre lo llevaré, es muy hermoso. Te lo agradezco. Voy a darte en paga un dibujo.

—Un escapulario no se paga, lo hice para ti y es sólo tuyo.

Él no la oía, buscaba en uno de los cartapacios entre hojas y hojas de papel de diferentes tamaños, llenas de líneas de carbón y de terracota. Por fin, con un gesto amplio sacó un papel de los grandes, dibujado en medio, con un borde blanco de cuatro dedos todo alrededor. Era una sanguina de ella en su balcón, bordando.

—Aquí tienes, eres tú y es tuyo.

Lo introdujo entre las rejas y lo dejó sobre el bastidor. Ella lo miró largo rato, le pareció perfecto y advirtió que había bordados en la tela, los miró con cuidado.

—Yo sólo bordo pájaros y flores.

—No, éso es lo que bordas.

—No he bordado nada parecido jamás, ¿qué son?

—Son fantasmas.

—Yo sólo bordo pájaros y flores, nunca bordé fantasmas.

—Pájaros y flores son tus fantasmas.

Pero una tarde él no pasó y ella se quedó inquieta, dolida y llorosa, y estuvo el resto de la tarde, la noche y la mañana mirando el dibujo que él le regalara. A la hora de la siesta salió al balcón y al pasar la asistenta le dijo:

—Hoy sólo queda lugar para el lamento. Hoy vamos a dar tierra al hijo de mi hija de leche. Era aquel escolar del cartapacio que charlaba contigo cada tarde.

Y siguió caminando, hoy encorvada y lenta sobre piernas y pies. Se levantó de la butaca de cuero y enea y el bastidor rodó por el suelo con hilos y agujas. Desapareció en la habitación dejando abiertas las ventanas, atravesó la casa y salió por el portón grande, caminó lentamente, orientándose hacia la iglesia próxima. Era insólita sola, con las manos flotando al lado de los muslos.

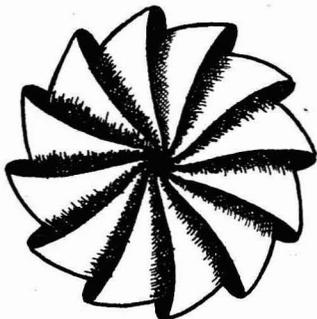
Al llegar a la iglesia atravesó el atrio y subió las escaleras de la torre, se tomó del cordel de la campana mayor y empezó a tirar de ella para doblar a muerto. Se elevaba en el aire y rítmicamente volvía a llegar al suelo. La campana sonaba ensordecedora en su toque a muerto, y el cura sobresaltado, con la sotana a medio abrochar, olvidó la siesta y subió corriendo a la torre. Al llegar la vio y oyo que cada vez que se elevaba decía.

*Mi escolar de mi alma.*

*Mi escolar de mi vida.*

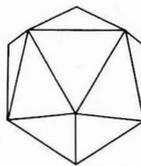
—¿Eh!, niña. ¿Qué haces tú allí? Suelta eso.

Cuando estaba en lo más alto del movimiento soltó la cuerda y se estrelló en el suelo, a los pies del cura.



## Margarita Suzan

# LA ALEGRE ARMONIA



I/Día de viento, desapacible. Trozos de cielo que viran del azul intenso a la palidez inconsistente de las nubes cercanas. La ciudad rezuma un aire de cansancio o frustración y me pregunto si de algún modo podría detener el ritmo de los acontecimientos. Allá abajo, en el jardín, Salem y Roberta intercambian cartas y al observarlos desde la ventana me invade una languidez nerviosa. Me descubro con las manos húmedas de sudor y la respiración alterada.

Recuerdo. Jeanne Moreau dice: "Los primeros precursores son siempre humildes." En la oscuridad coloco mi mano sobre las de Salem y Roberta, previamente unidas, y percibo la corriente, apoyada en una sonrisa que se establece entre Roberta y yo; el desasosiego de Salem, su temblor. Me penetra la música y la emoción se hace intolerable.

Ahora empieza a llenarse de sombras violeta y rojo muy oscuro, toda la habitación. El conjunto de edificios, la hilera infinita de ventanas, de puertas, de jardines, adquiere una calidad delicuescente que funde aristas y contornos en un sólo horizonte, débilmente dorado. Enciendo un cigarro, tomo un disco. Al sonar los primeros compases de un *bossa nova* de Wilson Simonal, escucho en la puerta el golpe esperado. Roberta, cabello revuelto por el viento, piernas tostadas por el sol. Me interroga, tratando de calmar su agitación:

—¿No podríamos crear un mundo de amor entre tú y yo, solamente tú y yo?

Enciendo un nuevo cigarro y se lo pongo entre los labios.

—¿Eso es lo que quieres?

—No.

Casi a las once y media la despierto porque me duele el brazo en el que apoyó la cabeza y que aún permanece mojado con sus lágrimas.

—Roberta, trata de entender: son dos cosas distintas pero iguales. Lo que creáramos tú y yo sería perfecto, en la esfera del intelecto; con Salem unido a nosotros la perfección será acabada, asumida, única.

Roberta sentada en el suelo, anuda la cinta de un zapato y guiña los ojos porque se le han llenado de humo.

—Salem está instalado en la desesperación estéril de un amor loco por mí y una amorosa atracción por ti. No sabe, sufre.

—Esa será tu obra, tu realización. Yo sólo puedo observar porque no he de conquistarlo.

Roberta se marcha y preparo la grabadora para dictar la primera conferencia del ciclo que, durante una semana, he de impartir en la Universidad. Por el suelo, las hojas desperdigadas del ensayo que Roberta ha traído para que yo le haga correcciones y comentarios.

II/El calor se deja sentir, sordo, apagado. Al fin me libro de las felicitaciones, las preguntas, las manos que estrechan la mía anónimamente. Al final del corredor, Salem me observa con hosquedad.

—¿Qué se siente de ser famoso?

No contesto porque la pregunta me hace el efecto de un golpe inesperado, abyecto.

—¿Vamos a mi casa?

Salem arruga la frente.

—Debo esperar a Roberta, tenemos que ir a comprar...